

VILLA IMPOSTURA una novela plural

Alfonso de la Cruz Suárez

Ángel B.S. García Álvarez

Marta González Oliver

Yolanda González Sandoval

Asunción Toraño González

Título: Villa impostura

©Autores: Alfonso de la Cruz Suárez, Ángel B.S. García Álvarez, Marta González Oliver, Yolanda González Sandoval, Asunción Toraño González

Edición: HiFer Editor

Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com

ISBN: 978-84-17130-98-5

Dep. Legal: AS-03945-2018



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

ÍNDICE

PREFACIO	5
PREÁMBULO	7
CAPÍTULO 1. EN UN DÍA NORMAL	9
CAPÍTULO 2. UNOS PEQUEÑOS CAMBIOS	13
CAPÍTULO 3. LOS JUEVES PLENO	25
CAPÍTULO 4. LLEGA UN FORASTERO	35
CAPÍTULO 5. RODRIGO EL AVENTURERO Y SUS NEGOCIOS SUCIOS	57
CAPÍTULO 6. EL SECRETO DE DON RAFAEL	63
CAPÍTULO 7. LA “CHATA”	71
CAPÍTULO 8. EL INCONFORMISMO DE UNA MUJER	79
CAPÍTULO 9. EL ESCRITOR DESCUBRE EL PUEBLO	97
CAPÍTULO 10. EL TALLER DE ESCRITURA	123
CAPÍTULO 11. UNA MUERTE MISTERIOSA	139
CAPÍTULO 12. LA INVESTIGACIÓN	145
CAPÍTULO 13. SIN DESPEDIDAS	175
EPÍLOGO	183

PREFACIO

La asociación “Taller de escritura La Pizarra” nace ante la negativa inconsciente de aceptar que el curso de Novela de la Universidad Popular del Ayuntamiento de Oviedo, había terminado.

Los que llegamos hasta el final habíamos iniciado cada uno una historia que deseábamos concluir y con esa idea nos fuimos reuniendo al calor – o frío- de una mesa en cualquier lugar donde nos ofreciesen una cerveza o un café, según las circunstancias.

Y el WhatsApp hizo el resto. Una sugerencia, la de escribir una novela entre todos caló hondo y empezaron a nacer personajes y un pueblo de nombre Impostura y que después se convirtió en Villa, de ahí Villaimpostura, el título inicial con el que empezamos a fantasear.

Decía Richard Ford: “En realidad dicen que hay tres reglas para componer una novela, pero nadie conoce cuáles son”. Esta es la historia de una novela que escribimos sin conocer reglas, ni demasiado a nosotros mismos y sin tener clara cual era la historia que íbamos a contar. A cambio pusimos una gran cantidad de ilusión y una imprudencia temeraria a la hora de cuadrar los personajes, las escenas y los capítulos.

Era un trabajo para entretener el verano del 2017 pero llegó septiembre y ya en un local más adecuado de titularidad municipal, seguimos desarrollando los personajes y a modificar su comportamiento según los acontecimientos que iban presentando los demás. Dimos por buena

la última versión en Junio del 2018 y se puede asegurar que la novela ha tenido vida propia. Seguramente ninguno de los que participamos en ella la imaginamos así, tal cual fue registrada porque cada uno que colaboramos en este proyecto hubiéramos escrito un relato distinto y un final diferente, pero ya lo dice el refrán “A lo hecho pecho”.

Villaimpostura, una novela plural lo es por tener varias voces que cantan, gritan pero sobre todo susurran en diferente tono. Nosotros mismos no acabamos de entender que la hayamos podido concluir y sigamos siendo amigos.

Querido lector, si es que existes, sé indulgente con nuestra novela y piensa que dedicamos más tiempo a escribirla que tú a leerla. Gracias por hacerlo.

PREÁMBULO

Querido amigo y editor:

Llegué a Villa Impostura buscando la inspiración para crear mi próxima, mi última novela. Mi novela póstuma.

Llegué a Villa Impostura buscando la tranquilidad que nunca me ha acompañado en la vida y alcanzar la muerte en paz conmigo mismo.

Llegué a Villa Impostura para que sus gentes reales se mezclasen con mis personajes ficticios y convertir en protagonistas a pueblerinos insignificantes en seres asesinos y víctimas, todos por igual, que viviesen eternamente en las páginas de mi libro.

Pero lo que me encontré en Villa Impostura fue mucho más de lo que podía imaginar a estas alturas de mi vida, y no he sabido como transmitirlo a la pantalla blanca de mi ordenador

Soy un escritor de misterio conocido más que por mis escritos por cuestiones menos loables de mi vida o quizás más recientemente por la noticia de mi muerte, por eso querido amigo cuando te lleguen noticias de Villa Impostura en forma de una narración, léelo con interés porque, aunque no lo haya escrito yo, sin duda hablará de mí. Como uno más pero no el más importante de de los habitantes de este pequeño pueblo.

Fdo.: Lázaro Marqués.

Capítulo 1. EN UN DÍA NORMAL

En la parte alta de la villa, al final de la calle Lorca a la izquierda, estaba el centro asistencial “El Descanso”. Era un edificio grande, de planta rectangular con tres alturas, un patio ajardinado conducía a la entrada principal en la cual se hallaba la recepción a la derecha, a la izquierda una cafetería donde residentes y visitantes podían disfrutar desde un té a una buena merienda y justo enfrente de la entrada se abrían las puertas de un amplio salón en el cual, junto a la pared del fondo, se elevaba una tarima que tanto servía para representar pequeños espectáculos preparados por los internos, como para improvisar los domingos un pequeño altar desde el que el señor cura se elevaba sobre sus corderos durante la celebración de la Santa Misa.

A partir de recepción se tenía acceso, por la derecha, al despacho de administración, el del médico y el de D. Rafael, director del centro. Por la izquierda, se accedía a la zona residencial que se dividía en tres unidades, una por planta: Una unidad de cuidados prolongados destinada a personas mayores con enfermedades crónicas y dependencia funcional, situada en la primera planta; otra de psicogeriatría, en la segunda planta, para casos de demencias y trastornos del comportamiento; y la última, en la tercera, de cuidados especiales o paliativos para personas en fases terminales o en procesos casi vegetativos. En el medio, en la segunda planta residía Mariano.

Mariano Merino Valdés, sesenta y siete años, delgado como un alfiler, pelo canoso y alborotado, metro setenta de altura, algo encorvado.

Cabeza gacha, escondiendo los ojos siempre vigilantes, observadores. Mano derecha destinada al cigarrillo. Prisa al andar y templanza ante un café solo, sin azúcar, que degustaba siempre con parsimonia mientras contemplaba todo lo que se movía a su alrededor. En las contadas ocasiones en que hablaba de política o economía se diría que Mariano fue un hombre estudiado, en otras conversaciones uno se despistaba y no lograba catalogar al ser humano que tenía enfrente y que, fuera cual fuere el tema de conversación siempre derivaba en; “Ella me traicionó, al volver de la mili estaba con otro. La llamé ayer para decirle cuatro cosas, pero no quiso ponerse. Fue un palo de los gordos pero, ¿me va a dar una explicación! A ti ¿Qué te parece?”.

Bajando la calle Lorca se daba uno de pleno con la plaza Mayor del pueblo. Era una plaza antigua, con el Ayuntamiento al sur, la iglesia de San Fructuoso al este, la oficina de correos y la botica al oeste y el hotel “Los Sauces”, con una cafetería muy bien puesta con amplia terraza y buen servicio, situada al norte; posición en el mapa que la beneficiaba con las atenciones del sol durante todo el día, siempre y cuando, claro está, el astro rey se dignara a asomarse al pueblo. Hasta allí bajaba Mariano cada día a tomarse dos y hasta tres cafés puros, mientras se fumaba unos cigarrillos de más sin la supervisión, creía él, del personal de El Descanso. Aunque lo cierto es que en una villa todo el mundo se conoce y de todo uno se entera, con lo que los vicios y costumbres de Mariano eran de dominio público. Dicho hotel pertenecía a dos hermanos, los Guti, diminutivo de Gutiérrez, y Mariano lo denominaba “Los Llorones”, porque los Guti siempre se quejaban de los escasos beneficios que dejaba aquel establecimiento, aunque todo el mundo sabía que el negocio iba viento en popa y los hermanos eran lo que se da en llamar, unos rácanos.

Pues allí, en “Los Llorones”, se pasaba Mariano los días vigilando el pueblo, intentando entablar conversación con cualquier peregrino, y si lo conseguía, volcaba sobre él la pena de su corazón para finalmente,

no hallando nunca consuelo, intentar al menos que le pagaran el café. Y también desde allí vigilaba a doña Virginia, una costurera que residía y trabajaba en la primera planta del edificio de la botica, justo encima, y desde su balcón, sentada en una silla y camuflada entre geranios, no solo cosía sino que ejercía a su vez las mismas funciones de vigilancia que Mariano. En ocasiones se cruzaban la mirada, pero rápidamente ambos desviaban los ojos, uno hacia el café, la otra hacia la labor, como si no se conocieran. Y ciertamente nunca habían sido presentados formalmente, pero como ya hemos dicho, en aquella villa todo el mundo sabía quién era quién de forma tan exhaustiva que incluso era de dominio general el nombre propio de la araña que incansable tejía su red en la esquina del café, al fondo a la derecha, justo en la entrada a los lavabos; Serafina la llamaban, porque un día don José, el boticario, salió del servicio de caballeros pálido como un muerto diciendo, palabras textuales: “¿lo han oído ustedes? acabo de escuchar un suave y lejano canto con una voz tan dulce, como si de serafines se tratase”, a lo que todo el mundo contestó con una carcajada general que se hizo aún más sonora cuando Mariano, que había entrado a repostar su taza de café, puntualizó,

— Sería la araña de la esquina, cuando se aburre de tejer canta.

No se sabe si, por disimular o porque todo fuera realmente una broma de don José, que había pasado del blanco al rojo en cuestión de segundos, este se giró de nuevo hacia los lavabos y mirando a la araña volvió a comentar en voz alta

— Serafina, ¿eras tú quién cantaba?

A lo que todo el mundo volvió a reír y la cosa pasó como una broma. Aunque, Mariano se preguntaba, mientras salía de nuevo a la terraza, qué hacía él en El Descanso ocupando una plaza que otros necesitaban mucho más; y los Gutis, a partir de entonces empezaron a servirle al boticario la cazalla un poco aguada, más que por negocio, por su bien.

Pero volviendo a Mariano y Virginia no vaya a pensar nadie que se vigilaban por asuntos del corazón, nada más lejos de la realidad; él, un hombre desengañado de las mujeres tras ser abandonado por su novia mientras cumplía con el deber inexcusable del servicio militar a la patria, y ella; soltera de vocación a la que no le extrañaba en absoluto que la novia de Mariano lo abandonara, ni entendía siquiera como aquella criatura de dios podía haber tenido novia nunca. Lo que sucedía es que no se fiaban el uno del otro. ¿Cuánto podía saber Virginia desde su atalaya privilegiada? Se preguntaba Mariano. Mientras Virginia pensaba: “¿Por qué dejaran a los locos sueltos? ¿Cuánto tardará este en dar un disgusto al pueblo? Si la novia lo dejó ¡por algo será! ¡Digo yo!”

La única mujer de su entorno a la que Mariano no solo respetaba sino que incluso podría decirse que le tenía verdadero aprecio era a la señora Águeda, y mucho más desde aquella mañana que se encontró a la pobre mujer desfallecida en el soportal de su casa, tan sola y desvalida como en algunas ocasiones se sentía él mismo.

Capítulo 2. UNOS PEQUEÑOS CAMBIOS

Desde la ventana de la habitación del piso de arriba Águeda veía amanecer siempre que el sol, muy caprichoso él se desperezara para formar un amplio arco de trayectoria, es decir veía amanecer durante los meses que transcurrían de marzo a agosto y siempre que estuviese despejado. El problema era la niebla. ¡Ah, la puñetera niebla! A la niebla culpaba de sus dolores en las articulaciones de las rodillas y muñecas, sobretodo. A veces el dolor parecía general y le costaba un montón levantarse de la cama. Cuando tenía la tienda abierta no le quedaba más remedio que tirar las mantas hacia atrás y ponerse a pasear por la habitación para ayudar a su cuerpo a reaccionar adecuadamente. Después el aseo, un poco de maquillaje y el desayuno antes de abrir la puerta de la mercería.

La Mercería “Macramé” estaba situada en un edificio de dos alturas en la calle Real que hacía esquina con la calleja del Río. Frente a la entrada de la tienda se abría la calle de los Canónigos, estrecha y oscura a través de la cual se llegaba a la plaza Mayor donde estaban en ángulo el Ayuntamiento y la Iglesia cuyos arcos y estructura en cruz mostraban una construcción románica de transición al gótico que indicaba la antigüedad de Villa Impostura en sus orígenes.

Encima de la mercería estaba la vivienda de Águeda a la que se llegaba a través del portal situado en la calle del Río situada a la izquierda del edificio según se la miraba llegando desde la iglesia. Había sido la casa y el negocio de sus padres y antes de sus abuelos cuando dejaron estos de ir con sus telas e hilos de feria en feria. Habían hecho construir la casa

sobre unas antiguas cuadras de una casa de postas ahora convertida en hostel con quien compartían medianera y patio posterior separado por un muro de piedra.

Nunca había vivido Águeda en otra parte, simplemente había cambiado de habitación. En su infancia ocupaba la estancia que estaba más al oeste desde donde veía la zona alta de la Villa que se mostraba desde allí como una atalaya sobre el río, cuyos meandros iban demarcando los horizontes de Impostura. Al norte y mientras se descendía al río de igual nombre, huertas y cobertizos se repartían el espacio. También estaba el lavadero.

El este se podía considerar la puerta de entrada a la Villa. Un antiguo puente de arcos ojivales, cinco para ser exactos, abría el camino para llegar a la Iglesia de San Fructuoso no sin antes pasar por el cementerio situado cerca del ábside. El sur era la zona más rica donde los viñedos ocupaban en terrazas todo el espacio entre la última edificación, las Bodegas Impostura y el río que llegaba por este lado casi recto antes de empezar a describir la primera curva que giraba a la izquierda para rodear casi por completo aquel viejo asentamiento que en tiempos remotos ya habían ocupado los romanos.

Cuando se casó con Genaro se habilitó el salón que miraba al norte como habitación del nuevo matrimonio pasando la vieja habitación de Águeda a ser la sala de lectura y costura. La gran mesa de roble se trasladó al piso de abajo donde se había ampliado la cocina con un espacio añadido sobre la divisoria de la Fonda para hacer la función de comedor.

Sus padres ocupaban la habitación principal que miraba al sur, a la calle los Canónigos, sobre la entrada de la tienda. Al lado, había un gran baño con bañera de patas doradas de león que había llegado de ultramar como regalo de boda de un tío abuelo indiano. Y esta habitación acabó por ocupar Águeda cuando después del fallecimiento de sus padres con la excusa de su insomnio y de los ronquidos de su marido

pasaría muchas horas nocturnas cosiendo o tejiendo mientras miraba la televisión que se había hecho instalar en ella.

Cuando sus hijos nacieron se volvieron a realizar obras en la vivienda. Fue cuando sobre el jardín previo a la escalera de entrada se edificó el zaguán sobre el que se construyeron las habitaciones convirtiéndose en distribuidor por donde se llegaba tanto a la trastienda como al garaje del camión de su marido, construido sobre la zona del gallinero y huerta. Al final a Águeda solo le quedaban las macetas para poner flores, pero con niños creciendo alrededor no lo notó hasta muchos años más tarde cuando ellos, ya adultos, se fueron del hogar.

Águeda se miró al espejo. No lo iba buscando sinceramente ocurrió mientras se vestía. Cuando se vio reflejada en el cristal no se reconoció.

Llevaba Águeda viuda cinco años. Ahora tenía cincuenta y nueve, la misma edad que él cuando murió. Quizás fuese esa coincidencia la que encendió la luz en su interior cuando se iba a preparar para ir a la Iglesia a celebrar aquel quinto “cabo de año” de su ausencia. Lo celebraba en la intimidad sin avisar ni a D. Arnaldo, el párroco, del motivo de su presencia en la primera y única misa de la mañana de un día cualquiera entre semana. Si el cura lo intuyó, no era frecuente que ella acudiese a tal lugar y menos sin ser domingo, nada comentó en alto. Si rezó por Genaro, lo hizo tan en silencio como ella misma porque nada mencionó y ella salió del recinto antes que el sacerdote hubiese llegado a la sacristía a cambiarse de ropa. No saludó a las escasas parroquianas habituales que quedaron encendiendo velas mientras hacían tiempo para una perorata con el “pater”.

Al salir de la oscuridad del recinto sacro iba a dirigirse a su casa, como siempre, cuando se dio cuenta que no le apetecía nada encerrarse de nuevo sola entre aquellas cuatro paredes que llamaba hogar. Al pasar cerca de la terraza de la cafetería del Hotel “Los Sauces” saludó con la cabeza a uno de sus propietarios que estaba terminando de colocar los servilleteros sobre las mesas. No era capaz de diferenciar a los hermanos

Gutiérrez por sus nombres de pila, si lo intentaba lo más frecuente es que errase y nombrase el mayor con el nombre del pequeño o al revés. Tampoco pudo evitar echar una mirada al balcón sobre la farmacia. Entre los geranios pudo intuir la presencia de Virginia, la modista, su única clienta habitual a excepción de los sábados, días de mercado en Impostura, único día que la mercería “Macramé” abría sus puertas toda la mañana al público en general.

Buscó Águeda la acera de la izquierda de la calle Los canónigos para aprovechar el sol de la mañana. Iba mirando los escaparates de su tienda cerrada dándose cuenta que necesitaba limpiar al menos los cristales y -¿por qué, no?- cambiar el contenido de los mismos, hacer desaparecer de una vez por todas aquellas bragas y corsetería tan rancias de la marca “La Discreta” situadas a la izquierda de la puerta de entrada al local. A la derecha se mostraban telas, cremalleras, lanas y otro objetos de labor con tan poco criterio que hasta el bazar de los “chinos” situado calle arriba, su competencia en los últimos años, tenían un orden mejor establecido. Huyendo de estas reflexiones giró a la izquierda para seguir por la calle del Río hasta el portal de su casa. Una puerta de aluminio con cristales en espejo de dudoso gusto le devolvió la imagen de una mujer madura, entrada en carnes, con el pelo de color indefinido quemado por permanentes que la miraba con sus mismos ojos, eso sí, ahora algo más hundidos detrás de unas gafas progresivas pero que mantenían aquel color verde que de niña admiraba todo el mundo.

Una sensación de malestar general, de náuseas, pitidos en los oídos y pérdida de visión fue lo que notó Águeda antes de ser consciente que sus piernas no le sostenían y se dejó caer recostada en el primer escalón dentro del zaguán de su casa.

Cuando fue de nuevo consciente de la realidad Águeda estaba echada sobre una colchoneta en el suelo. Frente a sus ojos una luz iba y venía tardando en reconocer la voz de D. Damián, su médico de cabecera que era el que con una linterna le estaba explorando las pupilas. Estaban en

la misma entrada de su casa en aquel espacio que servía de distribuidor a la mercería, el patio, cocina y al garaje taller de su difunto marido, Genaro. De entre todas aquellas puertas salía una escalera para subir a la vivienda. En el único espacio de pared liso estaba situado un escaño del que nunca se había querido desprender su madre y del que había cogido la colchoneta que cubría los asientos corridos para recostarla Mariano, uno de los residentes de del Centro Asistencial “El Descanso” que en su paseo matutino había observado el caminar vacilante de Águeda a la que conocía de las clases de punto y macramé que daba de forma altruista dos días a la semana en la residencia donde él vivía.

No dudó mucho Mariano en saber qué hacer cuando la encontró desvanecida sentada en la escalera, encontró con la mirada la colchoneta sobre aquel asiento viejo tan raro y la tendió sobre ella con máximo cuidado antes de correr hasta el centro de salud para dar la voz de alarma.

A Mariano, Águeda no le caía mal, incluso se había planteado asistir a las clases de macramé porque pensaba que tener útil las manos le ayudaría a tener un poco más quieta la cabeza. Al final no se había atrevido por el qué dirán pero en el fondo se arrepentía de no haber dado el paso.

Con Águeda francamente mejorada, el galeno volvió a su consulta pensando que la crisis de la mujer era consecuencia de un estado de ansiedad debido al aniversario que estaba conmemorando en soledad y le había citado, por si acaso, al día siguiente para valorar más parámetros clínicos y una analítica general. Mariano deseando volver a su monotonía se había ido en cuanto el médico había conseguido sacar del estado de inconsciencia a la mujer.

Como Águeda seguía con aquella sensación de no querer entrar en su casa para estar sola aprovechó para entrar en la tienda y vaciar los escaparates, limpiarlos bien y decorar con telas que tenía olvidadas en el almacén los estantes donde volver a colocar material renovado. Nada de bragas subidas y sujetadores de corchetes, sacó del fondo de los arma-

rios unos camisones de seda que había encargado por consejo de su hija hacía unos años, así como algunos bañadores y conjuntos de braguitas bajas de colores que en su momento no se atrevía ni a mostrar excepto a aquellas clientas más jóvenes que deseaban “algo más moderno”. Los maniquíes sin cabeza parecieron revivir de repente.

Decoraciones de macramé en llamativos colores se colocaron de fondo tapando las viejas maderas con las que se cerraba el escaparate y pensó que un poquito de barniz no les vendría mal. En el escaparate de las telas renovó el expositor colocando cajas de las manualidades hechas en sus tardes en “El Descanso” en las que introdujo las lanas y sus agujas, los botones y sus hilos, tijeras y muñecas de trapo con sus vestidos de ganchillo. Cuando finalizó se estaba haciendo de noche y desde el desayuno no había tomado más alimento que un par de manzanas. Con algunos limones y naranjas terminó de decorar y pensó, mirando el resultado con satisfacción, que al día siguiente tenía que poner en orden las estanterías del interior del local. El sábado cuando abriese la tienda tenía que tener un aspecto renovado. A continuación después de asearse un poco cogió el bolso y se fue al patio del hostel de al lado de su casa donde pidió un bocadillo de calamares una cerveza y un helado. No recordaba cuanto tiempo había pasado desde la última vez que se había dado un capricho así y sonrió. Por primera vez en mucho tiempo se sentía bien y pensó que cinco años eran suficiente tiempo de luto.

Águeda despertó al día siguiente después de dormir del tirón nueve horas. No recordaba haberlo hecho desde adolescente cuando se le pegaban las sábanas día sí y día también. Y sin ayuda del orfidal. Se levantó de un salto sin que se le rompiese ninguna fibra muscular y fue a buscarse en el espejo del armario. Se miró en él con detenimiento. Los pelos de bruja, la piel seca, el abdomen blando y voluminoso.

“Buena modelo para Botero” — pensó con una sonrisa condescendiente mientras “metía barriga”. Sin embargo no se vio muchas arrugas e incluso apenas ojeras después de tan prolongado sueño.

“Hay que poner remedio a esta dejadez, Águeda” — se dijo a si misma mientras se metía en la bañera que había llenado hasta la mitad.

Permaneció a remojo hasta que el agua se templó demasiado para ser agradable. Además había quedado a las 11 en ir a la consulta de D. Damián, su médico aunque ahora que se encontraba tan bien ¿para qué? Se cuestionó. Aún así iba a ir por consideración a las molestias que se había tomado con ella el día anterior.

Recogido el pelo en un moño algo suelto y después de rebuscar en el viejo armario del espejo que había pertenecido a su madre, encontró una falda de color burdeos y una blusa clara, estampada con flores del mismo color y se vistió despacio prolongando aquel encuentro consigo misma del que no disfrutaba desde hacía años.

“Definitivamente ayer dejé de estar de luto” — pensó — “se terminaron los negros, grises y pardos y algo más habrá que hacer” — se escuchó decir en alto.

Salió de su casa y se dirigió a la plaza para desayunar en la terraza. Era el segundo día consecutivo que brillaba un tenue sol de primavera y lo quería aprovechar.

No pidió el cruasán a la plancha con mantequilla y mermelada que tanto le gustaba. Al café con leche le acompañó con una tostada con aceite y tomate. Mientras esperaba por ella se tomó un zumo de naranja natural.

Notaba los ojos de Virginia en su nuca. A posta se había situado mirando hacia la iglesia, dándole la espalda para no tener que saludarla y menos rendirle cuentas del por qué después de muchos años, salía sola a desayunar fuera de casa. Y disfrutaba de cada mordisco a la tostada, de cada sorbo de café mientras sospechaba de la zozobra que estaba causando en la modista. ¡Qué pena no tener un cigarrillo a mano! Habría arriesgado treinta y cinco años de abstinencia de nicotina en aquellos momentos por imaginar la cara de aquella cotilla.

A las 10,45 después de haber pagado se acercaba al centro de salud cuando se tropezó con Pili, una amiga de la infancia que ejercía de peluquera en el centro social “El Descanso” y a domicilio si se le requería. Quedaron para primeras horas de la tarde “a ver si puedes hacer un milagro con esto” reía Águeda señalando su pelo.

El Doctor Crespo, Damián Crespo Iriarte, médico de Atención Primaria, como rezaba en una inscripción con letras blancas sobre una placa negra al lado de la puerta de la consulta número uno, la recibió con un apretón de manos y una mirada chispeante al comprobar el buen aspecto que presentaba su “urgencia del día anterior”. La tomó la tensión arterial, comprobó pupilas y el color de las mucosas de los ojos mientras le hacía preguntas para sonsacar a su paciente el estilo de vida que llevaba, la medicación que pudiera estar tomando por su cuenta puesto que no le constaba visitas previas a parte de una gripe, una quemadura en el brazo y un brote de alergia en los últimos años. No constaban informes ginecológicos previos no ninguna otra derivación a especialista al menos desde que existía la historia electrónica del paciente. La dedicó casi veinte minutos de su tiempo para llegar a la conclusión de que se tenía que empezar a cuidar. Le solicitó analítica completa, consulta a la Unidad de Menopausia para que ellos se encargasen del “cuidado propio de la mujer de su edad” y la citó para ver los resultados la semana siguiente. Le recomendó una dieta baja en sal, la tensión estaba en los límites altos dentro de la normalidad y un poco de ejercicio, “nada muy fuerte, caminar todos los días no menos de cuarenta minutos, pero sobre todo Águeda, quiérase” le dijo el médico cuando le acompañaba a la puerta. Cruzaron durante unos segundos la mirada y ella no fue capaz ni de darle las gracias Cuando se alejó para alcanzar la puerta de salida escuchó a su espalda la voz del galeno llamando a otro paciente.

Fue caminando hasta el río. Se detuvo frente al lavadero para oír caer el agua de los dos caños que tenía. Agua que se perdía porque ya nadie lavaba en él. Se recordaba de niña junto a su madre haciendo que la